

EL FUTURO NO SUPERADO

Un repaso a los años 60 en la RDA y la URSS de la mano de Brigitte Reimann

Las obras de **Brigitte Reimann**, escritora de la Alemania oriental dan muestras de su talante: una apuesta por el gozo de la vida frente a todas las amenazas.

JUAN VERA
“El futuro no superado” era la expresión certera, la contraseña de algo que en aquel momento excitaba la conciencia y el ánimo de la escritora Brigitte Reimann y de su amigo y fiel corresponsal, el arquitecto Hermann Helsenmann.

Brigitte Reimann nos dejó un puñado de obras, otro de cartas y un enjundioso diario. Vivió en la Alemania oriental entre 1933 y 1973. Apenas 39 años. Su legado está siendo traducido al castellano por Ibor Zubiaur, a quien también corresponde la autoría de los prólogos, de una exquisita factura.

Quienes conocieron a Reimann la describen como una mujer de una inusitada independencia, portadora de una lucidez singular –sus escritos dejan sentir su recorrido: de la credulidad al desencanto sin perder la sed de vida–, una afilada capacidad de observación, una exigencia desmesurada y un espíritu, si se me permite la contradicción de términos, también carnal, fogoso, indomable y volcánico. Atributos todos ellos que la llevarían a “renegar de lo acomodaticio y elegir la entrega como forma de estar en este mundo”. Amaba con ese tipo de amor omnímodo que puede abarcar tanto a los hombres como las flores, el trabajo o las obras de arte y que tiñe cada gesto, cada idea y cada acción como sólo sucede en cierto tipo de artista.

Con similares palabras a estas últimas se referiría Reimann a Helsenmann en su diario. Ambos encarnaron a esos pocos ciudadanos de la RDA que “ejercieron el coraje cívico y el compromiso político” en un contexto de persecución policial, burocratismo paralizante y régimen dogmático con que algunos aspiraban a alcanzar el Nuevo Orden. “Su[s] simpatías por el socialismo fueron sinceras”, incluso cuando vieron llegar a su fin los años de ilusión y deshielo –la década del 60–, aunque siempre matizadas por un “talante li-

bertario”. Helsenmann, más mayor y versado en el camino de la diplomacia y la mascarada, supo navegar entre los bloques tectónicos trazados por el dogma y consolidados por los espíritus temerosos de errar. Hablaba de éstos en términos de “dictadura de mediocres”. Decía lo que querían escuchar para que le dejaran hacer lo que pensaba que tenía que hacer. Y lo hacía. Su obra debería interpretarse “como un llamamiento a la dorada apuesta de la vida y a la jovialidad frente a todas las amenazas”.

Iniciaron la correspondencia de modo casual. Al mismo tiempo que Reimann publicaba un artículo en el cual se preguntaba dónde estaban los lugares para besarse –tan poco íntima, cercana y natural era la atmósfera que imprimía a las ciudades el funcionalismo de la “nueva arquitectura”–, Helsenmann leía su novela *Los hermanos* y se convertía en uno de sus más fervientes admiradores. Inmediatamente después vino el afán de apropiarse del otro, de comprenderlo hasta hacerlo suyo, de acomodar el pensamiento del otro al propio. No hicieron falta grandes esfuerzos. En el libro *En la ciudad del mañana* quedan recogidos alrededor de los 20 años que estuvieron intercambiando reflexiones, ideas, noticias, puntos de vista,

Amaba con ese tipo de amor omnímodo que puede abarcar tanto a los hombres como las flores

preguntas y también sentimientos, deseos, atracciones, temores y afectos. Les unía el paisaje (tras los años de guerra y postguerra) donde casi todo estaba por hacer, el deseo de contribuir a construir un mundo nuevo más humano, igualitario y fraterno y el sentimiento de responsabilidad que el futuro

arrojaba sobre ellos a través de esa enorme tarea proyectada... Pero “lo nuevo”, o mejor dicho, aquello que ellos señalaban como nuevo pero que era, de alguna manera, más primitivo y elemental, se distanciaba cada vez más del espíritu del tiempo. La virginidad de los paisajes



CABEZA DE REMACHE

Capitán Swing publica en castellano los escritos de **Ben Hamper**, trabajador de la General Motors. Su estilo ácido e irreverente le permitió escapar a la pompa de la alta literatura.

EMMA QUESADA
La potencia productiva se hace propietaria de la vida. La fuerza de trabajo es inseparable, en el sistema fordista, del cuerpo del trabajador. La cadena de montaje se extiende más allá de la frontera laboral, penetrando y controlando el cuerpo social y sus átomos, los individuos. Ben Hamper, autor de *Historias desde la cadena de montaje*, es hijo de un operario de fábrica, que a la vez es hijo de otro operario de fábrica. La vida de las familias como las de Hamper están determinadas por un proceso casi hereditario a pertenecer a uno de los emblemas de la industria automovilística estadounidense, la General Motos de Flint (Michigan). Hamper lo cuenta así: “Incluso nuestro barrio era un subproducto de General Motors. Durante el boom de los años 20 fue necesaria la construcción de casas con el fin de abastecer a la afluencia de operarios llegados del sur en busca de empleo, y General Motors levantó su propio suburbio en el norte de Flint”.

En esta novela publicada por Capitán Swing, Ben Hamper na-





Comisión de Juventud del Comité Central alrededor de las repúblicas soviéticas más punteras del momento. El encuentro debería servir para dar publicidad a los logros técnicos de aquellas regiones y dirigir el empuje de la juventud apareciendo a sus ojos como la más prometedora y deseable meta.

Pero el foco de atención de Reimann estaba lejos de apreciar aquellos logros en la misma dirección en que lo hacía el resto. Su atención no podía fijarse en las cifras, ya fuesen éstas de estadísticas o de patrones productivos. Tenía siempre que traducirlas a la medida humana. Tampoco podía sentir el entusiasmo ciego de sus camaradas hacia la tecnología militar o la energía nuclear o los nuevos sistemas de producción que abarcaban, por poner sólo un ejemplo, la manipulación de los intereses de la población mediante la sociología aplicada. Su punto de vista estuvo siempre más atento al paisaje, a los rostros y al desarrollo cotidiano de la vida, de los que se serviría para dejar caer una sutil objeción al régimen y soltar, “bajo el manto de la ingenuidad”, “unos cuantos recaditos en el burocrático mantel de cierta gente”.

El resultado fue que la crónica de su viaje se alejó del panfleto de propaganda encubierta que algunos esperaban para convertirse en un breve libro de viajes. En la edición de Errata-Naturae, donde se acompaña la crónica con extractos de su diario privado, es posible apreciar no sólo “cuánto hubo de táctico en su elección” sino también cuánto hubo de auténtico en aquello que estimulaba su entusiasmo.

Así, Siberia fue de los paisajes que más hondamente le impresionaron. Le impresionó “el gozo primigenio por la vida”, “la sed tangible de romanticismo y superación”, la inquebrantable fe de que el mañana será mejor que el día de hoy, “la calma no ociosa”, “el sosiego sin desidia”, “la confianza sin resignación”... la se-

guridad de que “el extranjero podría llamar a cualquier puerta y el dueño de la casa le abriría y le diría “pasa, bebe, duerme y sé bienvenido”. En Siberia acertó a responderse sobre aquello que se busca y se espera: “Si se fija una bien –escribió– la gran aventura consiste en cotidianidad y trabajo, quemaduras al sol y saunas” y “esa mirada orgullosa sometida a la atracción que irradiaba la bondad y la sabiduría”. En Siberia pudo en efecto echar “una mirada a la era comunista de estilo sencillo y decente” donde “realmente los hombres sirven a su pueblo”, “limpios de toda arrogancia, engrimeamiento [y] afán de gloria”. Encontró, como decían los siberianos, que allí “el comunismo había llegado antes que a Moscú”. Y es que, en aquella tierra durmiente, en aquel paisaje entonces virgen, no había más que una ruta de sentido único. Ninguna bifurcación permitía la más mínima vacilación. La coherencia de aquella marcha, de aquel impulso vital, fue entonces de un gran poder de atracción. Esa coherencia encerraba la esperanza sin espera; ahuyentaba el sinsentido; respondía claramente a las exigencias del existir... En tal contexto, no parece difícil mantener la rectitud. La nobleza de ánimo resulta más común allí donde sólo hay que vérselas con la naturaleza salvaje y los gestos responden a

En Siberia, Reimann descubrió que allí “el comunismo había llegado antes que a Moscú”

la necesidad, dirigidos por una incuestionable fe teleológica.

Hoy, 50 años después, sabemos que Bratsk, la ciudad que llenó a Reimann de alegría y esperanza, se ha convertido en una de las zonas más contaminadas del mundo. Nuestra civilización, con toda su cultura –o precisa-

mente por su cultura–, nos muestra la otra cara del celo de superación y conquista. En consecuencia, muchos de nosotros titubeamos. Permanecemos sumergidos en el escepticismo como resultado de haber visto tantas veces las manos alzadas como veces caídas esas mismas manos: el rostro más sombrío de las utopías. La imagen de futuro no está o, lo que es peor, se sale de cualquier relación de cercanía: el individuo atomizado, la supervivencia como fuente de negocio, el comportamiento humano y su diversidad predichos y subsiguientemente controlados por la neurociencia y la genética, los hombres sirviendo a las máquinas, las máquinas programadas para atacar, la atención exoplanetaria anticipando el desentendimiento hacia el interior, el control interesado del clima intercediendo en el orden natural (y por el momento, conocido) de todas las cosas... Con tal panorama, alarma la casi total ausencia de responsabilidad. Como si el futuro no arrojase sobre nosotros más que horror y deseos de huida. Sin ninguna tarea proyectada a escala humana, todo deriva.

Decía Reimann reflexionando sobre su propio contexto que “la lucha contra el burocratismo exige tanto coraje y tesón como la lucha contra el salvaje Angará”. Estas palabras deberían invitarnos a mirar nuestro presente como un reto; animarnos a proyectar un futuro ideal que vierta sobre el paisaje presente una virginidad figurada que imprima a nuestros gestos superación, coherencia e integridad; que nos despoje de arbitrios; que nos señale dónde está la verdadera necesidad... Pues a pesar de todo, también ha habido logros mientras las manos conseguían mantenerse en alza. Pero esta vez –y de nuevo he de recurrir a las palabras de la autora–, “reconociendo sin pánico negro y sin ilusiones doradas las posibilidades de la ciencia, las amenazas y esperanzas

que encierra”. El futuro no debería superarse.

Reimann murió de cáncer en plena juventud dejándonos con la sensación de que sólo había esbozado su vida. Murió, por así decir, sin dejarnos un final. La novela que se afanaba en escribir durante sus últimos años, *Franziska Linkerhard*, quedaría de modo similar, inconclusa. Sobre la misma –y por extensión, sobre la propia Reimann–, anotaría Henselmann estas observaciones que merece la pena transcribir aquí: “Ya no pudo acabar el último capítulo. Sin embargo, el modo en que el argumento del libro va apagándose y queda en suspenso tiene en la inconclusión su propia lógica poética. La conclusión no es, en sentido estricto, una categoría marxista. [La heroína] se identifica a sí misma con la evolución de ‘su’ ciudad. De su impaciente exigencia de conclusión derivan sus conflictos, aunque no piensa en la perfección de aspirar el mejoramiento. [...] Ese alto grado de exigencia ‘irrazonable’ consigo misma y con su misión refleja exactamente la actitud fundamental de mucha gente joven en nuestra República. Es el absolutismo que, en último término, hemos engendrado nosotros mismos durante los 25 años previos. El heroísmo del pasado [...] sólo se acepta en su función de modelo si a la vez cabe reconocer

La imagen de futuro no está, o lo que es peor, se sale de cualquier relación de cercanía

en él una fuerza motriz en la conquista del presente”. Es de este modo como hoy nos debería interesar pensar en Reimann como fuerza motriz: un aliento para afrontar la frágil situación en la que estamos y seguir apostando por el gozo de la vida frente a todas las amenazas. Leámosla. //



La verde luz de las estepas
Brigitte Reimann
ERRATA NATURAE



En la ciudad del mañana.
Brigitte Reimann,
Hermann
Henselmann
ERRATA NATURAE



rra su experiencia en torno a la cadena de montaje desde la segunda mitad de los años 70. Reproduce, a través de su propia piel, un sistema que en el interior y en el exterior de la fábrica despliega los mecanismos de control sobre el trabajador, sobre el ser humano. Pero, pese a que el método productivo del fordismo lanza sus cartuchos para sobrevivir –un humano vestido de gato que anima el monótono trabajo de los operarios o unos premios especiales para los trabajadores más eficientes–, Hamper y sus compañeros de la planta de General Motors –aquellos que aún no han perdido ni la salud mental ni la salud física– consiguen fracturar, al menos de forma parcial, este engranaje. En las grietas de un trabajo manual automatizado a través de la secuencia y la tarea especializada, burlan el trazado e introducen sus propios tiempos para el alcohol, la ociosidad y también la escritura. Y es aquí donde, además de un alcohólico y drogadicto, Hamper se convierte en el escritor de la columna de la publicación dirigida por un joven

Michael Moore, el *Flint Voice*: “Cabeza de remache”.

Después del éxito de su prosa irreverente, su pluma pasará por publicaciones más relevantes como *Esquire*, *Harper's* o *Mother Jones*. Pero pese al reconocimiento literario, sus artículos nunca dejarán de ser hilarantes a la vez que pesimistas, siempre guardando un sarcasmo innegociable para herir sensibilidades sin ningún tipo de discriminación. Sigue escribiendo y lo hace sin abandonar su empleo en la fábrica de General Motors. De hecho, en una ocasión, Hamper se ve obligado a dejar una conversación telefónica con un periodista del *Wall Street Journal* que está preparando un reportaje sobre –término que el mismo Hamper ridiculiza– “escritores proletarios” para regresar a su puesto de remachador.

Historias desde la cadena de montaje tiene también espacio para proyectar la concepción del autor sobre la música –y por extensión de toda expresión artística–, cuyo objetivo es mostrar o identificarse con la experiencia de los trabajadores. Tomando a

Bruce Springsteen como ejemplo, espeta: “De acuerdo, a lo mejor es cierto que las intenciones de todas estas estrellas del rock son estupendas, pero simplemente no funciona. El tema es, si nunca llamarías a un cirujano cardiovascular para que te aspire la casa, ¿por qué confiar la música blues a un grupete de blancuzcos? Lo único que yo les pido a estos camaleones caprichosos es que se piren y se lleven con ellos esa asquerosa versión del método actoral que utilizan. No necesitamos que nos den serenatas sobre lo tedioso y des-

En las grietas de un trabajo automatizado burlan el trazado e introducen sus propios tiempos

provisto de nuestras vidas, llegado el momento ya sabemos hacerlo nosotros mismos”. Con esta *Historias desde la cadena de montaje* le daremos la razón a Ben Hamper. //



Historias desde la cadena de montaje.
Ben Hamper
CAPITÁN SWING